



EGUZKILORE

(Flor protectora contra las fuerzas negativas)

Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología.
San Sebastián, N.º 5 - 1991.

- **Antonio Beristain.** "Presentación desde la dedicatoria" 7
- **Robert Cario.** "El estatuto del vigilante penitenciario en Francia" 13
- **Alfredo Espinet.** "La conducta agresiva" 29
- **Jean Charles Heraut.** "La persona en el universo institucional" 41
- **Tony Peters.** "El futuro de las medidas de corrección: estrategias" 57

Symposium: "Derecho Penal y Criminología: Drogas y Narcotráfico" (12th World Congress of Social Psychiatry, Washington) 67

- **Antonio Beristain.** "Nuevas relaciones entre la droga-narcotráfico y las éticas transnacionales" 69
- **José Luis de la Cuesta.** "Política legislativa de drogas de las Comunidades Autónomas en España" 89
- **Enrique Echeburúa.** "El problema de la dependencia a las sustancias adictivas: un enfoque psicosocial" 103
- **Esther Giménez-Salinas.** "Droga/Sida: nuevo objetivo en el punto de mira penitenciario" 117
- **M.^a Angeles Mtz. de Pancorbo.** "SIDA, el gran reto de un pequeño virus" 131
- **Francisco Muñoz Conde, Bella Aunió.** "Drogas y Derecho penal" 147

- IV Promoción de Criminólogos Vascos 159
- Memoria del IVAC-KREI 167
- **Indices de Eguzkilore:** año 1976 y años 1987-1991 . 199

EGUZKILORE

Número 5,
San Sebastián
Diciembre 1991
29 - 40

LA CONDUCTA AGRESIVA

Alfredo ESPINET RUBIO

*Dpto. de I.E. de los Procesos Psicológicos Básicos
Universidad del País Vasco. San Sebastián*

Resumen: Se exponen los principales hallazgos relacionados con la génesis, desarrollo y mantenimiento de la conducta agresiva.

Laburpena: Jokabide agresiboaren genesi, garapen eta eusteari buruzko aurkiten nagusiak azaltzen dira.

Resumé: On expose les principales trouvailles qui ont rapport avec la genèse, le déroulement et le maintien de la conduite agressive.

Summary: The main findings concerning the genesis, development and maintenance of aggressive behaviour are shown here.

Palabras clave: Conducta agresiva, investigación básica, aprendizaje social, procesamiento de la información.

Hitzik Garrantzizkoenak: Jokabide agresibo, oinarritzko ikerketa, ikaskuntza sozial, informazio-prozesatze.

Mots Clef: Conduite agressive, investigation basique, apprentissage social, traitement de l'information.

Key Words: Aggressive behaviour, basic research, social learning, information processing.

1.- INTRODUCCION

En nuestros días nos sobrecoge, con relativa frecuencia, la contemplación de imágenes de violencia que contrastan con la racionalidad que el ser humano ha empleado para superar sus limitaciones biológicas adaptándose y sobreviviendo en las condiciones naturales más extremas. La prodigiosa capacidad creadora de la mente humana nos ha permitido establecer unas relaciones con el medio cualitativamente distintas a las que mantiene cualquier otro animal. Pero la capacidad de destrucción demostrada por nuestra especie, la particular crueldad y sinrazón de la violencia humana nos diferencian también de los animales inferiores.

En estas líneas nos aproximaremos a la comprensión del comportamiento agresivo estudiando cómo se genera y cuáles son las condiciones para su manifestación y mantenimiento.

2.- GENESIS DE LA CONDUCTA AGRESIVA

Hemos comenzado este tema adoptando una posición de asombro ante la magnitud de la agresividad del ser humano. Este enfoque no está exento de parcialidad y podría determinar la dirección de nuestro análisis. ¿No sería más correcto preguntarnos por qué muchas personas son capaces de comportarse pacíficamente? Ciertamente, cuando analizamos a grandes rasgos el comportamiento de personas y animales, encontramos que la agresión es un fenómeno frecuente y generalizado. Entre los seres humanos es una constante a lo largo de la historia. Los actos agresivos aparecen muy temprano en el repertorio conductual del niño en desarrollo. Estos y otros argumentos similares apoyan la inevitabilidad de la agresión y la existencia de un instinto agresivo, por lo que los analizaremos con detenimiento.

2.1.- El estudio del comportamiento agresivo de los animales

El estudio de los animales nos ha permitido responder muchas cuestiones no sólo sobre la biología del ser humano, sino también sobre su comportamiento.

Las investigaciones neurobiológicas se orientaron al conocimiento de las estructuras nerviosas implicadas en el comportamiento agresivo señalando la importancia crucial del hipotálamo y algunas partes del sistema límbico (Lindzey, Hall y Thompson, 1978). Determinadas lesiones de estas zonas o su estimulación eléctrica pueden provocar rabia incontrolada o desaparición total de la agresividad. La localización de centros activadores e inhibidores de la conducta agresiva llevó a considerar la utilización de medios quirúrgicos o químicos para su control (Delgado, 1981; Mark y Ervin, 1970), pero tal tarea resulta difícil de realizar sin provocar desórdenes en otros tipos de comportamientos. Y es que la agresión no se localiza en una estructura nerviosa. Los centros estudiados no son más que piezas de una compleja red de conexiones con otras regiones cerebrales en cuyo funcionamiento intervienen, de forma decisiva, procesos psicológicos (Klarna, 1988).

Por otra parte, uno de los puntos de acuerdo en las investigaciones neurobiológicas más recientes es que la "agresión" no debe considerarse como un concepto unitario susceptible, por tanto, de valoraciones como "perjudicial", "antisocial" o "ma-

lo" (Simmel, Hahn y Walters, 1983). Analizando la conducta de los animales es posible identificar una amplia gama de comportamientos que, aunque inicialmente englobados en el calificativo "agresivos", resultan cualitativamente distintos. El ataque a una presa, la pelea con un miembro de la misma especie o el ataque de rabia desencadenado por la estimulación dolorosa responden a distintos patrones de activación muscular, nerviosa (Konorski, 1967) y hormonal (Brain y Kamis, 1985). Tanto el hombre como los animales poseen organismos preparados para el comportamiento agresivo pero, en ambos, la agresión, lejos de desencadenarse de una forma mecánica y estereotipada, presenta una enorme plasticidad que permite la continua adaptación del ser vivo a las condiciones cambiantes del medio ambiente. Esta riqueza de comportamientos no responde a la noción de instinto o, al menos, al automatismo y uniformidad implicados en tal concepto.

Otra cuestión que en algún momento ha llevado a considerar la agresión como algo incontrolable y predeterminado ha sido la influencia de la dotación genética. Ciertamente, en algunas especies es posible observar una variación en agresividad determinada hereditariamente, pero estas diferencias sólo son notorias cuando los animales están aislados en jaulas individuales. Cuando los animales más agresivos entran en contacto con otros miembros de su especie, se produce una modulación de su conducta de forma que, la variación en agresividad que contemplamos en la naturaleza no se corresponde con la variación genética subyacente (Lagerspetz y Lagerspetz, 1983). Procesos como la formación de jerarquías o la agresión materna (que parecían obedecer a imperativos del instinto) quedan modificados cuando, por ejemplo, un gran número de animales son colocados en un reducido espacio a edad temprana, siendo capaces de vivir pacíficamente durante mucho tiempo (Ebert, 1983). La conducta agresiva está determinada en gran medida por la historia de los individuos y las condiciones de su entorno social (Krames, Pliner y Alloway, 1978). Pueden servirnos como conclusión a esta cuestión las palabras de Ramírez (1985):

"Hay que recalcar que la agresión no está determinada genéticamente. La asunción de que la agresividad está preprogramada... debe entenderse como una organización innata de estrategias o 'planes'... Sin embargo, estos programas no crean agresividad por sí mismos, sino que permiten comportarse agresivamente. Su activación depende de la estimulación y activación apropiadas de diferentes sistemas neuronales incluyendo la modulación en el plástico y continuamente cambiante sistema nervioso producida por una variedad de cambios internos y externos, tales como estados hormonales, antecedentes emocionales, tipo de blanco disponible, aprendizaje y experiencia previa." (pp. 17-18).

Recapitulando lo expuesto hasta el momento, debemos considerar la agresividad como una capacidad adaptativa que permite la supervivencia de los animales y que se transforma y expresa, en gran medida, dependiendo de factores ambientales. Pero, ¿cuáles son éstos factores?

En primer lugar, en los animales carnívoros, la necesidad de satisfacer el hambre, que sólo puede llevarse a cabo mediante la destrucción de la presa. Ciertamente esta conducta resulta de poca relevancia para la comprensión de la agresión entre seres humanos, aunque no deja de llamar la atención el hecho de que algunos ani-

males continúan matando a pesar de estar saciados, impidiendo así la presencia de extraños en su territorio. Sin embargo, la mayoría de las disputas territoriales se solucionan con la huída del intruso. Esto ocurre también cuando el intruso es un animal de la misma especie. Si las condiciones ambientales son adversas puede desencadenarse una contienda por el territorio en la que, al igual que ocurre en la competición por el rango social, las conductas de lucha responden a una topografía típica que raras veces tiene como consecuencia el derramamiento de sangre (Timbergen, 1968).

Los estudios de laboratorio (Ribes Iñesta, 1980; Ulrich, 1980), han permitido precisar otros factores desencadenantes de la agresión en animales que resultan de gran utilidad para la comprensión de la agresividad de los seres humanos.

Entre ellos se encuentra la estimulación dolorosa. Un animal que recibe descargas eléctricas, si no puede escapar, atacará a cualquier otro que tenga a su lado. Los monos sometidos a este tipo de descargas inescapables, si no tienen un compañero a quien atacar, agreden cualquier objeto a su alcance. Una forma de detener este comportamiento es castigar al animal suministrándole nuevas descargas cada vez que agrede al objeto. Si esto ocurre, el mono dejará de atacar al objeto y, al recibir nuevas descargas, dirigirá la agresión contra sí mismo mordiéndose y arañándose.

Algo parecido se observa cuando en un procedimiento de extinción se retiran uno o varios de los reforzadores (agua, comida...) que se suministraban habitualmente. El ambiente se torna aversivo y aumentan las interacciones agresivas entre los animales.

Pero la agresión también puede desencadenarse empleando el procedimiento contrario. Es posible convertir a un pacífico animal en un sujeto extremadamente agresivo reforzando sus ataques con comida, agua o estimulación eléctrica en zonas del cerebro relacionadas con las sensaciones del placer. Con este procedimiento es posible conseguir, incluso, que el animal se enfrente de forma suicida con sus propios depredadores.

Lo dicho en este apartado en relación con los animales puede aplicarse también a los seres humanos en una u otra medida. Cuando estamos aquejados por algún dolor nos tornamos irritables. Las condiciones de privación como consecuencia de una catástrofe natural, bélica o económica han desencadenado saqueos y violencia entre la población de algunos países en épocas recientes. Las recompensas han llevado en numerosas ocasiones al asesinato. Hemos citado tres factores capaces de activar las capacidades agresivas del ser humano y profundizaremos en ellos. Pero antes revisaremos cómo evoluciona el comportamiento agresivo durante el desarrollo del individuo.

2.2.- El desarrollo del comportamiento agresivo en el ser humano

Los resultados que vamos a comentar en este apartado proceden principalmente de estudios longitudinales. En ellos se estudia a un individuo o grupo de individuos durante un amplio periodo de tiempo, realizando evaluaciones periódicas mediante

el empleo de los mismos tests, observaciones sistemáticas o cuestionarios y comparando las diferencias de puntuación en tales pruebas. Estos estudios nos indican cómo varían determinados comportamientos a través de sucesivos periodos de edad.

2.2.1.- Variaciones de la conducta agresiva en relación con la edad

En un estudio realizado por Szegal (1985) se observó el comportamiento de un grupo de niños que asistían a una guardería desde los seis meses de edad. Ya en este periodo se observaron comportamientos violentos en forma de rabietas y maltrato de objetos, pero las primeras interacciones claramente agresivas aparecieron en el periodo comprendido entre los 12 y 18 meses de edad en forma de empujones o golpes relacionados, en la mayoría de los casos, con la posesión de algún objeto. Estas agresiones aumentaban en número hasta alcanzar su máxima frecuencia entre los 22-24 meses. A los 33 meses se observaron claramente las "estructuras individuales de agresión" o comportamientos agresivos característicos de cada sujeto. Unos niños se convierten frecuentemente en agresores y en víctimas, mientras que otros rara vez se ven envueltos en situaciones violentas. También durante este periodo aparecen la agresión verbal, la agresión como defensa, la "agresión retardada" (en la que el agresor espera las condiciones más favorables para realizar su ataque) y las primeras manifestaciones de agresión grupal. A partir de los 33 meses se observa una reducción en las agresiones motivadas por coger objetos y se incrementan la agresión verbal, las amenazas y otros comportamientos agresivos más aceptados socialmente, como la expresión de deseos y ensoñaciones de daño hacia otros. Como se señala en el estudio, el aumento de comportamientos agresivos coincide con el periodo en el que son más frecuentes las conductas de observación entre iguales, por lo que podemos pensar que muchos niños aprenden a comportarse en forma agresiva observando a otros. Sin embargo, tampoco es posible descartar la hipótesis opuesta de que los niños son agresivos y aprenden posteriormente a comportarse de una forma más aceptada socialmente.

Las revisiones de otros estudios (Kazdin, 1985; Rutter y Giller, 1983) llevan a la conclusión de que, hacia la edad de 5 años, comportamientos como los descritos anteriormente son bastante comunes, pero van disminuyendo conforme los niños se acercan a la adolescencia. A partir de esta etapa disminuye el número de muchachos relacionados con actividades o delitos violentos, aunque algunos de ellos establecen firmes patrones de comportamiento agresivo.

La influencia social resulta evidente tanto en el aprendizaje de comportamientos agresivos como en la modulación de los mismos.

2.2.2.- Variaciones de la conducta agresiva en relación con el sexo

Al revisar los estudios realizados sobre esta cuestión Kazdin (1985) concluye que, en general, los varones muestran tasas más altas que las hembras de comportamientos agresivos y antisociales durante el desarrollo normal aunque eso no ocurre con todos los comportamientos ni se puede aplicar a todas las edades.

Una característica en la que concuerdan la mayoría de los estudios revisados es la diferencia existente en el tipo de agresión predominante entre chicos y chicas.

Las chicas utilizan preferentemente la agresión verbal y la burla. Este hecho parece poder explicarse fundamentalmente como resultado de factores educativos y de las normas y valores culturales predominantes. Así, por ejemplo, actualmente se acepta con más facilidad en los grupos de jóvenes la expresión abierta de agresividad por parte de las chicas (Pulkkinen, 1989).

2.2.3.- El papel del instinto y el aprendizaje en el comportamiento agresivo de los seres humanos. Conclusiones.

Entender la agresión como resultado de un instinto es una cuestión que no puede ser pasada por alto, tanto por las conclusiones a las que nos conduce como por sus repercusiones en cuanto a la consideración de la conducta criminal.

No cabe duda de que postular la existencia de un “instinto de muerte”, como hizo Freud, tiene sus ventajas ya que permite explicar incluso los comportamientos autodestructivos del ser humano. De hecho, Freud (1932a), llegó al convencimiento de la existencia de tal instinto al interpretar las resistencias de sus pacientes como resultado de una “intensa necesidad de castigo que sólo podíamos adscribir a los deseos masoquistas”. A partir de aquí, los comportamientos más incomprensibles podían explicarse como resultado de la interacción entre los instintos de vida y de muerte. Pero la conclusión de aceptar tal dinámica no podía ser otra que la expuesta en su carta a Einstein (1932b):

“De lo que antecede derivamos para nuestros fines inmediatos la conclusión de que serán inútiles los propósitos para eliminar las tendencias agresivas del hombre”.

Aunque al contemplar la persistencia y frecuencia de la agresión entre seres humanos podemos sentirnos inclinados a dar la razón a Freud, una afirmación de esta categoría no puede aceptarse sin discusión. Lamentablemente la mayor parte de las afirmaciones de la teoría psicoanalítica no son susceptibles de comprobación empírica. Sí lo son algunas de sus deducciones y predicciones como, por ejemplo, que la agresión aumenta inevitablemente con el paso del tiempo o que la agresión se descarga al contemplar o realizar acciones violentas. Las investigaciones realizadas no han permitido apoyar estas afirmaciones o han proporcionado resultados contradictorios que pueden ser mejor explicados por teorías distintas a la psicoanalítica (Goldstein, 1986).

De las investigaciones expuestas hasta el momento se desprende con claridad la conclusión de que tanto los animales como los seres humanos nacen *preparados* para comportarse de forma agresiva. Esta capacidad resulta altamente adaptativa, permitiendo la supervivencia de los organismos. Pero esto no quiere decir que la “tendencia natural” del hombre y de los animales sea la agresión. Hemos visto cómo la agresión se desencadena bajo el influjo de ciertas circunstancias ambientales que se han determinado experimentalmente. Por otro lado, la enorme variabilidad observada entre individuos y culturas, así como las variaciones en comportamiento agresivo en función de la edad y el sexo nos llevan a pensar que existen otros factores, ajenos al instinto, responsables de tales diferencias. Entre estos factores parece jugar un papel determinante la relación social y, en los seres humanos, el aprendizaje social, del que nos ocuparemos en el siguiente apartado.

Con esto no queda zanjada la cuestión, por otra parte difícil de dilucidar, de si existe o no un instinto de agresión. Las influencias sociales pueden contribuir tanto a la represión y modulación de las tendencias agresivas provocadas por tal instinto como al aprendizaje y desencadenamiento de comportamientos agresivos, sin necesidad de que exista ningún instinto que los soporte. De hecho, las últimas formulaciones psicoanalíticas cada vez tienen más en cuenta el papel del contexto social y los mecanismos socioambientales en la producción y mantenimiento de la agresión (Caprara, 1984).

Tal vez Freud tuviera razón y la agresión, en una forma u otra, sea algo inevitable. Pero, en cualquier caso, resulta incontestable que gran parte de los comportamientos y reacciones agresivas en los seres humanos son resultado del aprendizaje. Por ejemplo, un insulto o un gesto de provocación son estímulos que han adquirido su valor mediante condicionamiento. Hemos aprendido en muchas situaciones sociales que no responder a una provocación puede convertir a una persona en blanco de futuras agresiones y disminuir su prestigio social. De esta forma, el insulto (que no es más que una palabra) adquiere propiedades aversivas y amenazantes que pueden desencadenar la agresión como respuesta. Este aprendizaje social (Bandura, 1982) se lleva a cabo mediante la observación de modelos reales o simbólicos (películas, material gráfico, narraciones de hechos) que nos proporcionan tanto las instrucciones precisas para agredir con eficacia como información sobre la oportunidad, forma e intensidad de los comportamientos agresivos en función de las circunstancias. Es bien conocido que los estilos de comportamiento agresivo de los padres son adoptados por los hijos, perpetuándose a lo largo de generaciones y que las personas muy agresivas han crecido, generalmente, en subculturas en las que la agresión otorga prestigio social y resulta fácilmente observable (Bandura y Walters, 1983). Con esto hemos puesto de relieve uno de los factores que pueden explicar las diferencias en agresividad que observamos entre distintos grupos sociales. Dependiendo del ambiente sociocultural en el que una persona se haya desarrollado habrá aprendido diferentes estilos de comportamiento agresivo y habrá tenido distintas oportunidades de ser protagonista o víctima de los mismos. También las reacciones del medio social ante sus manifestaciones agresivas habrán sido diferentes. En algunos ambientes el comportamiento agresivo se habrá visto reforzado por el éxito, la aprobación de los demás y el consiguiente afianzamiento de la propia autoimagen. En otros, la expresión de la agresividad se habrá visto sancionada con el castigo, el reproche o el desprecio, dando lugar a que se desarrollen otras formas más aceptadas socialmente de enfrentar las situaciones conflictivas. Pero esto no explica totalmente las diferencias que observamos. De hecho, la mayoría de las personas conocemos muchas formas de agredir que probablemente no emplearemos nunca a lo largo de nuestra vida. Estos aprendizajes se pondrán en práctica dependiendo de factores situacionales y personales, que serán estudiados en el siguiente apartado. Pensamos que el conocimiento de tales factores puede contribuir en gran medida al control del comportamiento agresivo y al desarrollo de una convivencia más racional y pacífica entre los seres humanos.

3.- FACTORES QUE DESENCADENAN LA AGRESION

Para ilustrar el primero de los factores que pueden provocar un comportamiento abiertamente agresivo bastará con que recordemos algunas imágenes de enfrentamientos entre la población civil como resultado de los recientes cambios políticos en los países del Este. Puede resultar incomprensible contemplar cómo muchedumbres agitadas realizan acciones de una crueldad estremecedora. Sin embargo, tales muchedumbres están, probablemente, compuestas por ciudadanos no muy diferentes de nosotros mismos. Quizá la única diferencia entre ellos y nosotros radica en un conjunto de circunstancias situacionales de forma que nosotros podríamos comportarnos del mismo modo si nos viéramos envueltos por esas mismas circunstancias. Contemplar situaciones de violencia puede activar el desarrollo de comportamientos agresivos mediante cuatro procesos (Bandura, 1980): en primer lugar, observar comportamientos agresivos provoca una *activación emocional* que, en tales circunstancias, puede facilitar el desarrollo de comportamientos agresivos en los observadores. En segundo lugar, contemplar cómo otros agreden impunemente puede tener *efectos desinhibitorios* sobre la propia conducta que, en otras circunstancias, estaría controlada por las consecuencias negativas previstas. De forma complementaria, los modelos ejercen una *función discriminativa* de que en esa situación comportarse agresivamente resultará mejor aceptado que lo contrario. Por último, los observadores tendrán oportunidad de *atender* a comportamientos y objetos de agresión que, de otra forma, habrían quedado fuera de sus posibilidades de utilización en ese momento.

El comportamiento agresivo puede ser también puesto en marcha ante condiciones aversivas como ataques, insultos, reducción del nivel de reforzamiento, u obstaculización de la conducta dirigida a una meta. Pero estas condiciones, según la teoría del aprendizaje social, no producen necesariamente comportamientos agresivos, sino que más bien actúan como facilitadores de los mismos al provocar una activación emocional que puede dar lugar a distintas respuestas que dependerán del repertorio conductual del sujeto y de las consecuencias previsibles que acompañan a cada respuesta. Así, un adulto puede adoptar una postura de enfrentamiento ante la actitud insultante de un adolescente, pero quizá opte por una discreta retirada si la misma actitud procede de un adulto que le sobrepasa en estatura y peso. O una persona que ve bloqueada la consecución de sus propósitos puede reaccionar con agresividad o redoblando sus esfuerzos o sumiéndose en el abatimiento. La adopción de una u otra de estas posturas depende, en gran medida, de las disposiciones y capacidades que el sujeto ha ido adquiriendo a lo largo de su historia de aprendizaje.

Las recompensas anticipadas, bien sean materiales o sociales como la mejora del prestigio, constituyen otro importante factor motivador de la agresión. Evidentemente, las consecuencias reforzantes que anticipamos pueden resultar erróneas e infundadas en muchas ocasiones, pero contribuyen poderosamente al desarrollo y persistencia de nuestra conducta.

Las conductas agresivas pueden activarse, también, como resultado de instrucciones u órdenes provenientes de autoridades reales o de la actividad delirante de

algunas personas. Los disparos del soldado que obedece la orden de un superior o los crímenes de un paranoico que obedece el mandato de una voz interior constituyen buenos ejemplos de este tipo.

Aunque aquí se han señalado los factores desencadenantes del comportamiento agresivo puestos de relieve por la teoría del aprendizaje social, debe resaltarse que en gran parte de las situaciones de violencia varios de estos factores interactúan de forma compleja. Imaginemos el caso del soldado en combate, a quien repugna la idea de causar daño a personas a las que desconoce, pero que se ve impulsado por las órdenes del superior y, aunque teme perder su vida en manos del contrario, espera que con la victoria terminarán las privaciones a las que se ven sometidos tanto él como sus familiares. Combinaciones múltiples de estos factores pueden conducir a una persona pacífica a comportarse con violencia, activando modos de comportamiento agresivo aprendidos alguna vez a lo largo de su vida y probablemente sin utilizar hasta ese momento.

Sin embargo, lo que ocupa primordialmente nuestra atención en estas líneas no son tanto las agresiones producidas por esta acumulación de circunstancias, quizá excepcionales, cuanto la violencia del criminal que parece responder a una norma de comportamiento. En el próximo apartado estudiaremos algunos factores responsables del mantenimiento y alta frecuencia de los comportamientos agresivos en algunas personas.

4.- FACTORES QUE CONTRIBUYEN A LA PERPETUACION DE LOS COMPORTAMIENTOS AGRESIVOS

Desde un punto de vista psicológico resulta imprescindible explicar la diversidad de comportamientos, entre ellos el agresivo, con los que reaccionan distintas personas ante una situación estimular semejante como, por ejemplo, una amenaza. Puesto que la situación objetivamente es la misma para todos los sujetos, parece adecuado buscar la razón de la diversidad de reacciones observadas en las variaciones que cada persona realiza al procesar el complejo de estímulos que componen tal situación.

Recientemente Huesmann (1988) ha propuesto un modelo capaz de explicar las diferencias en agresividad y persistencia de los comportamientos agresivos. En síntesis este modelo propone que el comportamiento social de las personas obedece, en gran parte, a programas o "guiones" de comportamiento aprendidos durante la infancia mediante los procesos descritos por la teoría del aprendizaje social. Ante una situación estimular la persona comienza evaluando las claves contextuales. Esta evaluación supone una comparación con distintos guiones que el sujeto ha aprendido y que permanecen almacenados en la memoria. Por lo tanto, las mismas claves pueden ser evaluadas de distinta manera por diferentes sujetos, activando distintos guiones y sus correspondientes estados emocionales. Esta activación emocional favorecerá que cada sujeto dirija su atención a determinados aspectos de la situación y no a otros. De esta manera, algunas situaciones son interpretadas como hostiles por unas personas pero no por otras. Como señalamos anteriormente, diversos factores sociales determinan las acciones que una persona tiene oportunidad de obser-

var o protagonizar con más frecuencia. Por tanto, los guiones almacenados en la memoria de un sujeto varían dependiendo de su propia historia personal. La situación actual evoca alguno de esos guiones. El sujeto evalúa si el comportamiento sugerido por el guión es o no conveniente en función de las consecuencias previstas, de si se siente o no capaz de ejecutar el guión y de si tal comportamiento es acorde con las normas de conducta que ha internalizado. Si el resultado de dicha evaluación es aceptable, se comporta como propone el guión. Si no lo es, realiza una nueva búsqueda.

Al realizar este proceso, algunas personas escogen frecuentemente guiones agresivos de comportamiento y otras no. Son varios los factores que pueden explicar este hecho. Una persona en proceso de evaluación puede centrar su atención en las consecuencias reforzantes inmediatas que tendría el agredir con éxito, sin evaluar las posibles consecuencias aversivas (castigo) que, por lo general, se producen más tarde, quedando débilmente conectadas con la situación y con menos posibilidad de ser evocadas. En ocasiones, aunque se evalúen las consecuencias a largo plazo, la persona puede ser incapaz de encontrar otros guiones alternativos, socialmente aceptables, porque no ha tenido oportunidad de aprenderlos o porque este tipo de soluciones son mucho más complejas y requieren el empleo de destrezas intelectuales que no han sido suficientemente desarrolladas durante la infancia. Otra fuente importante de diferenciación la constituyen las distintas normas internalizadas durante el proceso de socialización. Personas con una socialización deficiente tenderán a exculpar fácilmente su comportamiento agresivo e incluso a disponer la situación de forma que la agresión resulte más inevitable y justificable. Además, después de cometido el acto agresivo la autocensura que el agresor experimenta puede verse reducida mediante el empleo de algunas estrategias cognitivas señaladas por Bandura (1980) como el desplazamiento o difusión de la responsabilidad, la deshumanización y atribución de culpa a la víctima, la comparación con otros hechos más crueles o la justificación recurriendo a principios elevados como la libertad o el orden. Cuando el comportamiento agresivo se repite con cierta frecuencia, estos mecanismos llegan a neutralizar los sentimientos de culpa del agresor, conduciéndole a la insensibilidad en relación con el daño experimentado por la víctima.

5.- CONCLUSIONES

A lo largo de estas páginas se ha considerado la agresividad como una capacidad adaptativa cuya expresión depende de la concurrencia de diversos factores, algunos de los cuales se han llegado a determinar con gran precisión. Tanto en el ser humano como en los animales el comportamiento agresivo, lejos de reflejar la existencia de un instinto que dirige inevitablemente el comportamiento del individuo, resulta modulado por distintas condiciones socioambientales. En las personas la adopción de estilos agresivos de comportamiento parece ser resultado del aprendizaje social realizado durante el desarrollo del individuo en ambientes en los que la violencia es frecuente, reforzada positivamente, castigada pobre o tardíamente y en los que no existen muchas oportunidades de aprender comportamientos pro-sociales alternativos para la solución de los conflictos.

Incluso aunque el proceso de socialización haya sido adecuado, bajo determinadas condiciones las personas pueden reaccionar con violencia y sus comportamientos agresivos pueden aumentar en intensidad o frecuencia conforme adoptan estrategias justificatorias.

Tras analizar ochenta casos de homicidios perpetrados por delincuentes juveniles, Lempp (1979) finaliza su trabajo con estas palabras, que hacemos nuestras a modo de conclusión:

“El cuidadoso análisis de los delitos de homicidio aquí descritos, que son en parte acciones terribles e incomprensibles de personas menores de edad, la clara exposición del desarrollo psíquico y social de sus autores y la descripción de la funesta conjunción de factores, hacen bien patente que no es mérito nuestro que nosotros, los demás, no nos hayamos convertido hasta ahora en asesinos” (p. 294).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BANDURA, A. (1982): *Teoría del Aprendizaje Social*. Espasa-Calpe. Madrid
- BANDURA, A. (1980): “Análisis del aprendizaje social de la agresión”. En: Bandura, A. y Ribes Iñesta, E.: *Modificación de Conducta: análisis de la agresión y la delincuencia*. Trillas. México.
- BANDURA, A. y WALTERS, R.H. (1983): *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Alianza Editorial. Madrid.
- BRAIN, P.F. y KAMIS, A. (1985): “How do hormones change ‘agresion’? The example of testosterone”. En: J. Martín Ramírez y P.F. Brain: *Agresion: functions and causes*. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- CAPRARA, G. (1984): “Contemporary Psychoanalytic Views of Agresion”. En: R.M. Kaplan, V.J. Konecni y R.W. Novaco: *Agresion in Children and Youth*. Martinus Nijhoff Publishers. Netherlands.
- DELGADO, J.M.R. (1981): “Neurobiología de la conducta social”. *Análisis y Modificación de Conducta*, 7 197-207.
- EBERT, P.D. (1983): “Selection for Agresion in Natural Population”. En: Simmel, Hahn y Walters: *Agresive Behavior: Genetic and Neural Approaches*. LEA. Hillsdale, New Jersey.
- FREUD, S. (1932a): “Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis”. En: S. Freud: *Obras completas*. Tomo VIII. Biblioteca Nueva. Madrid, 1978.
- FREUD, S. (1932b): “El por qué de la guerra”. En: S. Freud: *Obras completas*. Tomo VIII. Biblioteca Nueva. Madrid, 1978.
- GOLDSTEIN, J.H. (1986): *Agresion and Crimes of Violence*. Oxford University Press. New York.
- HUESSMANN, L.R. (1988): An Information Processing Model for the Development of Agresion. *Agresive Behavior*. 14, 13-24.
- KAZDIN, A.E. (1985): *Tratamiento de la conducta antisocial en la infancia y la adolescencia*. Martínez Roca. Barcelona.
- KONORSKI, J. (1967): *Integrative Activity of the Brain*. The University of Chicago Press. Chicago.
- KRAMES, L., PLINER, P. y ALLOWAY, T. (1978): *Agresion, Dominance and Individual Spacing*. Plenum Press. New York.
- LAGERSPETZ, K.M.J. y LAGERSPETZ, K.Y.H. (1983): “Genes and Agresion”. En: Simmel, Hahn y Walters: *Agresive Behavior: Genetic and Neural Approaches*. LEA. Hillsdale, New Jersey.
- LEMP, R. (1979): *Delincuencia juvenil*. Herder. Barcelona.

- LINDZEY, G., HALL, C.R. y THOMPSON, R.F. (1978): *Psicología*. Omega. Barcelona.
- MARK, V.F. y ERVIN, F.R. (1970): *Violence and the Brain*. Harper & Row. New York.
- PULKKINEN, L. (1989): "Aggressive and anxious children grow up". En: L. Pulkkinen y J.M. Ramírez: *Aggression in Children*. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- RAMIREZ, J.M. (1985): "The Nature of Aggression in Animals". En: Ramírez, J.M. y Brain, P.F.: *Aggression: Functions and Causes*. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- RIBES IÑESTA, E. (1980): "Algunas consideraciones sociales sobre la agresión". En: Bandura, A. y Ribes Iñesta, E.: *Modificación de Conducta: análisis de la agresión y la delincuencia*. Trillas. México.
- RUTTER, M. y GILLER, H. (1983): *Delincuencia juvenil*. Martínez Roca. Barcelona.
- SIMMEL, E.C., HAHN, M.E. y WALTERS, J.K. (1983): *Aggressive Behavior: Genetic and Neural Approaches*. LEA. Hillsdale, New Jersey.
- SZEGAL, B. (1985): "Stages in the Development of Aggressive Behavior in Early Childhood". *Aggressive Behavior*. 11, 315-321.
- TIMBERGEN, (1968): "Guerra y paz en los animales y en el hombre". En: Lorenz, Timbergen et al. (1985): *Hombre y animal*. Orbis. Barcelona.
- ULRICH, R. (1980): "Entendiendo la agresión". En: Bandura, A. y Ribes Iñesta, E.: *Modificación de Conducta: análisis de la agresión y la delincuencia*. Trillas. México.